

Entrevista con Cristina Rivera Garza

Refracciones de Rulfo

Gabriela Riveros Elizondo

“Si algo nos enseña la lectura de Rulfo es que podemos leerlo de múltiples maneras”, asegura Cristina Rivera Garza, quien llevó al extremo su papel de lectora activa, hurgando en los archivos y recorriendo con minuciosidad los territorios que el autor exploró. En esta entrevista con Gabriela Riveros nos cuenta en detalle los motivos de su búsqueda, entre lo personal y lo político, hasta llegar al centro de los dilemas fundamentales, y aún sin resolver, del México de hoy.

En su libro más reciente, *Había mucha neblina o humo o no sé qué*, publicado en octubre de 2016 por Penguin Random House, Cristina Rivera Garza comparte una experiencia de lectura personalísima de la vida y los textos de Juan Rulfo. El libro es un conversatorio que invita al lector a compartir las “refracciones” que ella ha coleccionado a lo largo de años de trabajo, de hurgar en archivos, de recorrer los territorios y paisajes por los que el escritor jalisciense anduvo, de explorar los objetos que rondaron en torno a él, las fotografías que elaboró para la Comisión del Papaloapan, las ediciones que hizo para el Instituto Nacional Indigenista. Un Rulfo al que Cristina aborda “desde las orillas”, desde la neblina o el humo o una estela de no sé qué que aquel sigue dejando en sus lectores y en nuestro contexto actual. La famosa provocación de Ricardo Piglia, “La verdadera historia de la literatura se esconde en los reportes de trabajo de sus escritores”,¹ es quizá la cuña que impulsa la aproxima-

ción a Rulfo en este libro. Aquí la escritura documental sirve para construirlo y establecer un extraordinario diálogo entre ensayos, crónicas, citas textuales, cuadernos de trabajo, voces, notas, testimonios, traducciones, transcripciones, fotografías, traducciones al mixe.

Aunque ya en 2007 en su libro *Ningún reloj cuenta esto* Rivera Garza publicó el cuento “El día en que murió Juan Rulfo”, lo cierto es que Rulfo, un muerto indócil, la siguió rondando. En abril de 2011 inició el blog *El Rulfo mío de mí*, donde se dio al ejercicio de transcribir, traducir a distintas métricas, al verso libre, a la villanela, al juego del “ahorcado” el libro *Pedro Páramo*. Este ejercicio de reescritura fue parte del mismo impulso que la llevó a escribir *Había mucha neblina o humo o no sé qué*.

SE LLAMA DE ESTE MODO

Y DE ESTE OTRO

Posted on April 19, 2011 by Mi Rulfo mío de mí

Notas de una lectura decembrina de Pedro Páramo

¹ Ricardo Piglia, *El último lector*, México, Anagrama, 2005.



Juan Rulfo, 1970

26 diciembre 2010

1.

Vine a Comala porque me dijeron que acá vivía
[mi padre,
un tal Pedro Páramo. Mi madre me lo dijo.
Y yo le prometí que vendría a verlo en cuanto
[ella muriera.
Le apreté sus manos en señal de que lo haría;
[pues] ella estaba por morirse y yo
en plan de prometerlo todo.

“No dejes de ir a visitarlo —me recomendó—.
Se llama de este modo y de este otro.
[Estoy segura de que] le dará gusto conocerte”.

[Entonces] no pude hacer otra cosa sino decirle
[que así lo haría,
y de tanto decírselo se lo seguí diciendo
[aun después que] a mis manos les costó trabajo
zafarse de sus manos muertas.²

En la presentación de tu libro Había mucha neblina o humo o no sé qué en la FIL Guadalajara 2016 mencionabas que para acercarte a Juan Rulfo te fuiste por “las orillitas”, que preferiste no andar el camino tradicional —es decir, entrevistar a familiares o discípulos—,

² Véase el blog *Mi Rulfo mío de mí*: <https://mirulfomiodemi.wordpress.com/>

cuidaste que tu relación con él permaneciera como algo “sagrado”. ¿Por qué esta determinación?

El punto de vista del libro es un ángulo oblicuo. La manera más usual, y tal vez más automática, de proceder cuando quieres saber acerca de alguien, es recurrir a las personas que suponemos que lo conocieron mejor, a las que convivieron con ese alguien. Valdría la pena preguntarnos, sin embargo, qué tan bien conocemos a aquellos con los que convivimos en el día a día. Por algo dicen tantos autores que somos, en realidad, lo que no sabemos de nosotros mismos. Somos, creo que dicen, lo que de nosotros —y de otros— se nos escapa. Si esto fuera cierto —y creo que lo es— ¿no nos convendría mejor poner una distancia cuidadosa con el conocimiento que produce la cercanía cotidiana y acercarse un poco más a los objetos o documentos donde nuestra experiencia ha dejado sus huellas? Ahí está, en una nuez, el reto del libro. El problema con ese punto de vista que privilegia la cercanía o la familiaridad en un caso como el de Rulfo, es que a partir de esa información, de esas personas cercanas o de los textos tan leídos, se ha ido formando con el paso de los años una especie de *doxa* rulfiana, una manera de ver a Rulfo que consideramos más verdadera porque es la más repetida. *Había mucha neblina...* fue un proyecto que me tomó mucho tiempo y que se fue haciendo de textos pequeños, cortos, a veces más largos, yuxtapuestos. Durante todo ese proceso nunca intervinieron ni el deseo ni la necesidad de acercarme a la familia de Rulfo o a la fundación que se ha establecido en su nombre. No es falta de respeto o desinterés, por cierto, sino parte de una metodología distinta. Y si bien esto fue más bien intuitivo al inicio, ya después, cuando supe que definitivamente sí estaba escribiendo un libro, decidí de manera consciente que ésa no era la ruta que quería tomar porque prefería la oblicuidad antes que la línea recta, y la vereda por conocer antes que el camino ya recorrido.

Creo que los que están cerca nos pueden conocer bien, pero también hay espacios que por lo mismo, por estar tan cerca, resultan abismales; es decir, hay una manera en que nos conocen los que están cerca y hay una manera en que nos conocen los que no lo están. Hay distintas distancias. Pero lo que sí tuve muy claro desde el principio fue que iba a tratar de construir una relación lo más personal posible. Por supuesto, iba a estar fincada en las lecturas y conocimientos de otros, pero también quería encontrar un ángulo en el que pudiera habitar de manera también personal en esa relación. Habitar es aquí el verbo clave.

Yo soy historiadora y tengo una afición de oficio por los archivos, no importa si son institucionales o familiares, acabados o, como suele ser a menudo, in-

acabados. Los archivos nos sorprenden porque uno nunca sabe exactamente qué es lo que está guardado ahí, cuál es el criterio burocrático o de otro tipo que va a determinar que ciertos documentos se conviertan precisamente en eso, mientras otros seguirán vagando en el submundo del papel rayado. Por eso el archivo altera, descoloca, asombra. Creo que, en muchos sentidos, más que reconstruir historias, en el archivo estamos de alguna manera “inacabando” historias. Las estamos abriendo otra vez o por primera vez. Al observar los documentos pareciera ser que el archivo te presenta la historia completa. Pero eso rara vez es así. Lo interesante ahí, en el archivo, es que hay elementos sueltos u organizados de acuerdo a criterios ajenos que puedes organizar de otras maneras, reacomodar, ir poniendo cerca uno de otro —mejor definición de yuxtaponer— con tal de que produzcan espacios para plantear nuevas preguntas. De esas preguntas nuevas salen las versiones actualizadas de historias que conocemos de antes. Yo quería tener esa relación con la obra y los trabajos de Juan Rulfo. No es difícil notar que mucho de lo que existe sobre Rulfo está bastante limitado al mundo del texto literario. Una máxima no dicha, pero que le debemos sin duda a una manera más bien tradicional de analizar las distintas prácticas de escritura creativa, es que el lector “serio” no debe salirse del texto. Notaba, pues, que muchos de los especialistas preocupados por los límites de lo literario —como si se tratara todavía de un campo autónomo— salían poco del texto, y lo digo tanto metafórica como literalmente. Hay escritorios como murallas en todo esto. Las pocas veces que salían de él lo hacían para entrar, o confirmarse, en el campo de la familia. Eso no sólo era algo que ya estaba hecho, y en muchas ocasiones muy bien hecho, sino también algo en lo que yo podía aportar muy poco. En cambio, mi aportación podía centrarse en una investigación material —que aparte a mí me gusta mucho independientemente del tema—: este tratar de recolectar piezas, objetos, el documento mismo donde quedan las marcas de una experiencia, ya sea humana o no —en este caso humana—, y tratar de dejarme sorprender por los hallazgos. Si bien una buena parte del libro puede funcionar como una introducción algo extraña para aquellos con poca familiaridad con la obra de Juan Rulfo, para mí una de las partes más importantes del libro tiene que ver con los hallazgos de las fotografías y los documentos en el Archivo Histórico del Agua, que pueden resultar de más interés para los lectores más especializados. En todo caso, me tomé en serio la famosa provocación de Piglia acerca de que la verdadera historia de la literatura se encuentra, o es posible que se encuentre, en todo caso, en los reportes de trabajo de sus autores.

Creo que realmente sabemos muy poco acerca de los reportes de trabajo de nuestros autores. Después de todo, la escritura no es producto de entidades descaradas sino de cuerpos concretos en relación con otros cuerpos. Por eso me interesó husmear entre lo que quedó de la experiencia de Rulfo como trabajador de una fábrica de llantas, primero como un capataz de obreros y luego como un agente de ventas y, todavía después, como editor de una guía de viajes. Y por eso mencioné, aunque muy brevemente, la participación de la CIA en el financiamiento parcial del Centro Mexicano de Escritores, donde Rulfo, como tantos otros escritores mexicanos —que menciono en el libro mismo y dentro de los cuales me incluyo— gozaron de una beca. En lo que respecta a los estudios sobre los aspectos culturales de la Guerra Fría, hay una discusión bastante documentada sobre los intentos de influencia/dominio que Estados Unidos puso a funcionar en áreas como el del arte abstracto. En *Workshops of Empire. Stegner, Engle, and American Creative Writing During the Cold War*, Eric Bennett argumentó que los estándares estéticos del MFA —especialmente del muy prestigioso programa de Iowa— se desarrollaron en conjunto con un anhelo de influencia cultural de Estados Unidos sobre otras regiones del mundo. Hace falta, sin duda, ahondar más en este aspecto de la Guerra Fría, especialmente en el área de la escritura creativa y la influencia del modelo del MFA desde los Estados Unidos hacia América Latina, actividades quizá ligadas al Congress for Cultural Freedom. Señalar este lazo no es un ataque contra ningún escritor empleado o becado por el CME, sino un esfuerzo por entender la complejidad de las relaciones de los escritores con fuerzas globales que muchas veces los —y nos— sobrepasan. Mi interés en conectar la producción de una vida con la producción de una obra me llevó finalmente a los documentos de la Comisión del Papaloapan, y de ahí a la relación de Rulfo con el territorio y las comunidades de un país que se enfrentaba a los retos de esos cambios brutales que algunos denominan como “modernidad” o “progreso”. La Comisión fue uno de los proyectos más ambiciosos del alemanismo de mediados del siglo xx. Se trató de un proyecto muy grande en el que se invirtió muchísimo dinero y personal, que incluyó, por ejemplo, la construcción de ciudades enteras, tales como Ciudad Alemán, y el desalojo de comunidades indígenas, así como la construcción de una gran presa capaz de cambiar el perfil económico de vastas regiones del sur de México. En corto, se trató de un proyecto que imaginó posible transformar la faz de la Tierra. Justo como el naciente régimen postrevolucionario lo intentó en el norte del país con la construcción de presas y el cultivo industrial del algodón, estas elites

modernizadoras del alemanismo se pensaron a sí mismas como agentes de un cambio climático del que ya ahora vamos conociendo las consecuencias.

La manera en que la Comisión archivó sus registros, evidentemente, no fue con un criterio literario o con una concepción literaria en mente. Identificaron documentos y los guardó de acuerdo con intereses económicos o administrativos o políticos. Y creo que en ese desfase es donde se encuentra precisamente la riqueza de mucha de la documentación de la biblioteca y del Archivo Histórico del Agua. Por cierto, el acervo es enorme. Si alguien quisiera echarse un clavado ahí, de seguro encontraría material para más libros. Por eso cuando empecé a ir pensaba lo que pienso cuando entro a cualquier archivo: “A ver qué me encuentro..., a lo mejor no me encuentre nada y será un día más en los archivos. A lo mejor encuentro algo y será un día fabuloso”. Y, bueno, pasó que uno de esos días fue, en efecto, un día fabuloso.

Y eso terminó ligándose con otro aspecto importante del libro: la perspectiva de la autoficción y de las escrituras así llamadas del yo en estas épocas. Veamos. A mí la parte que más me ha interesado de ese tipo de exploración es cuando los autores se desprenden de la idea de un yo como eje que controla la narración. Me atraen mucho más aquellos que arriesgan a ceder el control sobre lo narrado, cuando lo ceden, cuando no utilizan un “yo establecido y hecho” que sirva como eje, que genere y domine la historia. Me gustan mucho más los trabajos que siendo muy personales, ceden, sin embargo, ese lugar de eje narrativo a objetos o a otras materialidades dentro de su misma narrativa. Por ejemplo, en Knausgård, quien ha escrito volúmenes minuciosísimos acerca de su vida, vemos cómo no es el “yo personal” el que está dirigiendo la historia, sino que hay una serie de elementos, de objetos, pongámoslo así, a partir de cuya observación minuciosa de alguna manera terminan regresándole la memoria o la vida, da lo mismo. Eso, de alguna manera, es ya un “yo refractado”; un yo otro está, así entonces, a cargo de lo contado. Y lo que yo quería hacer con Rulfo era, en lugar de recurrir a la tradicional familiaridad, tratar de ver cómo estos otros objetos me lo podían regresar de maneras distintas. Por ejemplo, oírle decir a Reyna Bautista en Luvina, ese pueblo zapoteco en el pico de una montaña, —cito de memoria—: “Vaya usted a decirle a ese señor Rulfo que aquí sí sabemos reírnos”, me entregó una visión única de un cuento legendario. No se trataba de una reseña literaria, sino de algo a la vez más fundamental y más concreto. Se trataba de una experiencia mediada por la lectura. O tal vez era viceversa. Me parecía que en todo caso podía encontrar en esa relación entre ella como lectora y como habitante de Luvina un elemento vivo, único —y del todo relevante— que no

me podía dar alguien que creció con Rulfo, que fue alumno de Rulfo o que fue su amigo. Me iba interesando en estos sujetos y objetos porque el territorio también cumplió una función fundamental en el libro. Cada vereda, cada piedra, cada casa o montaña, cada encuentro, cada nube, me fue entregando —¿regresando?— la experiencia rulfiana pero en su modo de inscripción. En su modo de haber estado ya ahí antes, compartidos. Por eso este libro necesitaba ser escrito de esta manera —con la yuxtaposición como principio, con la refracción como vela— porque se conforma por un ángulo de visión oblicua, un ángulo que no le teme a sus puntos ciegos, que los acepta incluso. De ahí la neblina, claro. El humo. Ese no sé qué.

Emiliano Monge le llama a tu libro “un prisma”; es decir, abre un abanico de miradas.

Exacto. La cuestión es ésa: no estoy tratando de imaginarme el “yo” de Juan Rulfo. Estoy tratando de ver las instrucciones —por decirlo de alguna manera— que deja en ese paisaje, o sea, cómo el libro, cómo la presencia y la leyenda de la presencia en Luvina, y en otros sitios, se inmiscuye en la vida de Reyna; qué percibo de la experiencia de Rulfo al caminar años después por esa misma montaña. He aquí la especie como de “refracción” que investigo y que me fascina. Por eso estoy trabajando con una colección de “refracciones” de Rulfo, como si el mundo fuera un gran archivo inacabado. Trato de ir colocando, pues, de poner uno junto a otro, una con otra, una tras otra, de tal manera que conformen esto que resulta ser una relación mía con Rulfo.

En Había mucha neblina o humo o no sé qué menciona: “Los textos rulfianos son sobre todo textos en proceso de migración [...] Escudriñan en el territorio mientras lo fundan”.³ Esta frase es también una alegoría de tu libro, ahí encontramos la mesa de trabajo donde colocas, en un mismo plano, los textos, las costuras, las guías de turismo que elaboró Rulfo para delinear una idea de nación, los silencios, las fotografías para la Comisión del Papaloapan, sus viajes y recorridos, esa neblina de la que se compone la personalísima relación que estableces con Rulfo.

El otro corazón de este libro es esa forma de nomadismo que es la migración. Un desplazamiento continuo. Un no dejar de moverse. Una de las cosas que más me interesaron cuando recién iniciaba en el proceso de hacer esta investigación fue descubrir que Luvina no estaba en Jalisco sino en Oaxaca. Y hasta allá fui varias veces, a veces con mi tribu familiar y otras con

³ Cristina Rivera Garza, *Había mucha neblina o humo o no sé qué*, Penguin Random House, México, 2016, p. 69.



© Marco Antonio Cruz

Pahuatlán, Puebla

los estudiantes de un taller que impartía por esos días en la ciudad de Oaxaca. Visualiza esto: un camión lleno de gente que escucha con total atención a la voz de Juan Rulfo contando el cuento “Luvina” justo cuando avanzamos por la vereda que nos dejará en Luvina. Así de obsesivos. Así de devotos. Después de pensar mucho en eso y de pensar también en los múltiples viajes que llevó a cabo Juan Rulfo como parte de su experiencia como empleado de la Goodrich Euzkadi, y después como empleado de la Comisión, me daba la impresión de que era alguien que estaba siempre en movimiento, en el mero corazón de la modernidad y viendo hacia el futuro. Desplazar a Rulfo de Jalisco hacia Oaxaca —y otros territorios del país—, y sacarlo de la inercia sedentaria que con frecuencia se asume como “natural”, son dos gestos importantes en este libro. Van en contra de (o evaden) esa comúnmente aceptada imagen de Rulfo como la persona rural, el hombre asentado y sedentario en Jalisco o en la Ciudad de México que ve continuamente hacia el pasado. Hay una lectura de *Pedro Páramo* y de *El Llano en llamas* que en realidad permite ese tipo de interpretación, por supuesto, pero si nos vamos a estos otros datos incómodos y por demás ciertos, lo que queda es un muchacho que tiene que andar de viaje debido a sus empleos y, también antes, cuando estuvo trabajando en Inmigración. Es decir, es alguien que se está moviendo de un lado a otro, que está migrando en las entrañas mismas de un país que ha iniciado una tremenda expulsión del campo hacia la ciudad. Se trata, en definitiva, de alguien que no es sedentario. Me parecía también, por algunas de las cartas que le escribe a Clara, o al menos es la parte que a mí me

interesó enfatizar, que ciertamente está su pertenencia a Jalisco y la parte de la historia que desde Jalisco se liga a la Guerra cristera y, yendo hacia atrás, hacia la Revolución. Pero yo veía y leía a alguien que había llegado a la Ciudad de México, como muchos inmigrantes en la época, y alguien que no sólo padecía la ciudad sino que la disfrutaba muchísimo. Rulfo era un gran consumidor, parece ser, no sólo de libros y de objetos de la cultura, música, sino también de revistas de alpinismo, del mundo de la cultura. Y aun dentro de la ciudad, era alguien que estaba caminando continuamente. Muchos fines de semana los pasó en los volcanes, ascendiendo montañas, regresando; hay una continua referencia al acto de caminar. Manejar y caminar. A mí me pareció que ese Rulfo era alguien con quien yo podía hablar más fácilmente; es decir, yo no creo que haya alguien que se queje de la Ciudad de México y que no la disfrute al mismo tiempo... o que disfrutándola muchísimo no se queje profundamente y al mismo tiempo —con razón— de este gran monstruo urbano. Y me parecía ver eso en la actitud de Rulfo, menos el nostálgico y soñador que está reconstruyendo el pasado, y más alguien que está muy atentamente poniéndole atención, en todo caso, a dilemas inescapables de su presente. Todos los lugares, todas estas ruinas que visita, todas estas Comalas que visita son una especie de lado B de la modernidad. Como él, toda esta gente que migra del campo a la ciudad deja el país convertido en la Comala que después va a entrar a *Pedro Páramo*. Me parece que ésa es la mirada del migrante. Decía yo en alguna parte del libro: inicia *Pedro Páramo* diciendo “Vine a”, en lugar de “Vine de”. Hay una dirección de movimiento

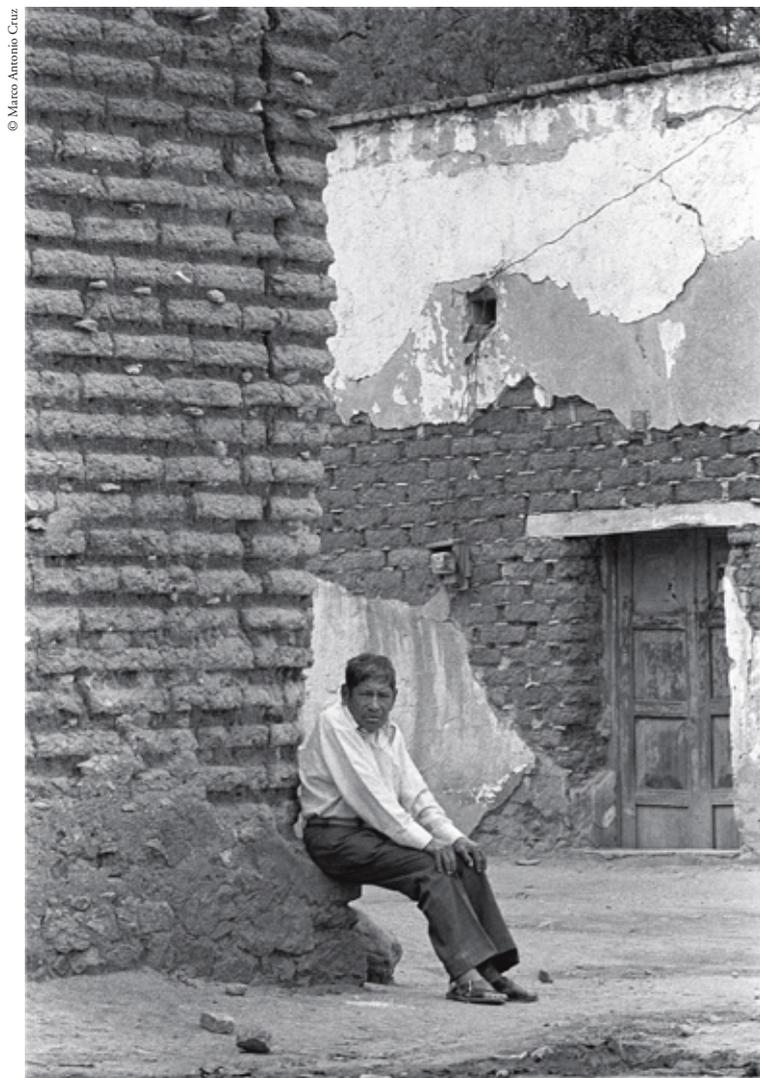
que va hacia adelante, dejando atrás lo que se queda atrás. Y yo quería hablar con ese Rulfo, quería que eso que estaba viendo ahí tuviera un poquito más de atención, un poquito más de luz y que pudiéramos platicar las generaciones posteriores en un país signado profundamente por la migración hacia el norte, que pudiéramos hablar también de esto con Rulfo, hablar de lo que es nuestro presente, de lo que era su futuro, y que forma parte de los dilemas con los que está lidiando él en ese momento.

Una asistente de la archivista te preguntó —sin sarcasmo— cuando llegaste a los archivos de la Comisión del Agua: “¿Usted quiere ver las fotos del que ayudó al desalojo de los indios en el Papaloapan?”⁴ Es decir, el Rulfo que inmortaliza el campo mexicano a través de su literatura colaboró en este proceso de modernización que implicó el desalojo de pueblos indígenas, un hecho que pareciera ser contradictorio.

Muy al inicio del libro aclaro que la experiencia de Rulfo dentro del alemanismo —una experiencia individual y, si quieres, menor— a la vez legítima y cues-

⁴ Cristina Rivera Garza, *ibidem*, p. 119.

tiona el proyecto modernizador de mediados del siglo XX. Recalco: legítima —de la manera en que nuestra participación en el todo social legítima el estado de las cosas— y cuestiona —porque Rulfo nunca dejó de hacerse preguntas y, para decirlo de otra manera, nunca pudo dar por resueltos los dilemas que su mundo contemporáneo le producía—. Veamos. Una visión estereotípica de Rulfo es que no sólo es el autor de la así llamada novela de la Revolución o el autor del realismo mágico —ésta es una cuestión sobre la que tengo mis serias dudas y no tengo idea de dónde lo sacan— sino también el otro, el Rulfo indigenista. El Rulfo preocupado por esto que en el siglo XX se llamó “el México profundo”. Yo creo que, al menos por los datos que estuve revisando, es evidente que tiene un conocimiento y una preocupación honesta y directa por las profundas transformaciones que están ocurriendo en estas zonas habitadas por comunidades indígenas y muy ricas en recursos naturales. Ahora, de ahí a ser indigenista, tendríamos que tener una larga conversación. Empezar por diferenciar el indigenismo oficialista de la rica tradición de resistencia indígena en el país, tendencias que, ciertamente, a veces se entrecruzan y otras se confrontan. Hay que dejar de pensar que todo eso se guarda en un pasado estático o un pasado que ha sido rebasado por las fuerzas de la modernización primero y del neoliberalismo después. Cuando me reuní con José Díaz, el hermano de Floriberto Díaz, en Tlauhilottepec, por ejemplo, me estuvo platicando de las consecuencias que todavía se viven hoy en día a causa del despojo, del desalojo que se llevó a cabo para la construcción de la presa. Muchas de esas comunidades fueron llevadas hacia el territorio de los pueblos mixes y, desde entonces, ha sido una fuente de contienda y de conflicto. Es decir, la relación de Rulfo con los pueblos indígenas con los que tuvo contacto no forma parte del pasado, sino del presente mismo. De este ahora en que en el que el Congreso Nacional Indígena y las comunidades zapatistas, por ejemplo, se reúnen para armar una estrategia para enfrentar tanto las crisis económicas de nuestro tiempo como el periodo electoral que se avecina. Así como son centrales para la historia y el presente de México, así fueron las comunidades indígenas también para Rulfo. Lo que a mí me interesó sobre todo —porque ahí hay capas de complejidad que nos entregan un ser humano atravesado por las fuerzas de su presente— fueron los dilemas que esas relaciones parecen plantearle a Rulfo el que está preocupado por sobrevivir y cuidar a los suyos y a Rulfo el que está también ocupado produciendo una obra. Lejos de ser cuestiones nada más personales, se trata de asuntos estructurales de un país. Me interesó, pues, ver esa conexión que va de la toma de decisiones



Tehuizingo, Puebla

aparentemente personales que, vistas en masa y con la distancia del tiempo, tienen que ver con la forma que va adquiriendo un régimen. Por eso me entretuve en los momentos laborales de la historia rulfiana. Hay una conversación importante entre escritores mexicanos contemporáneos que tiene que ver, por ejemplo, con las posiciones estéticas y éticas de autores que trabajan para la iniciativa privada, así como para distintas agencias del Estado. Una lectura similar puede hacerse de las decisiones laborales de Rulfo; es obvio pero vale la pena enfatizarlo, no sólo un escritor en ciernes en esa época, sino un hombre casado, con responsabilidades familiares, gastos concretos, recibos de la luz o la renta, entre tantos otros. Por supuesto que no estoy diciendo que las decisiones de Rulfo en particular cambiaron la faz del Estado mexicano, pero sí estoy argumentando que las decisiones que un escritor toma en relación con su mundo laboral tienden a diseminarse en el trabajo creativo también. Se trata, después de todo, de seres concretos, materiales, de su tiempo, no de almas abstractas en una torre de marfil. Se trata de una escritura que parte de o que es producida por un cuerpo específico, un cuerpo entre otros cuerpos, con sus múltiples relaciones de dependencia y sus buscados espacios de autonomía. Me parece que los dilemas que resultan de ese contacto orgánico y directo con lugares del país vistos desde el centro como “remotos” se dejan ver en la obra creativa de una manera no resuelta, contenciosa, inacabada, pero en todo caso muy presente. Y quise detenerme ahí precisamente, lo hice desde la perspectiva de las fotografías que aparecen en los reportes, no como estos trabajos artísticos, sino en la más humilde posición de registros de una zona, hechos con el fin de propaganda estatal, de documentar la pobreza y las condiciones extremas del área, para así poder justificar, por supuesto, la apertura del área a la inversión nacional y sobre todo internacional. Ojo, no estoy diciendo que Rulfo hizo todas estas cosas maquiavélicamente. Estoy argumentando, a partir de la evidencia disponible en el archivo, que ese empleo —la función de ese empleo— contribuyó a los fines perpetrados por el régimen alemanista, pero que en el camino, a través de la lente y la conciencia rulfiana, se convirtieron en algo ajeno también a esa voluntad o ese deseo estatal. ¿Podemos entender que siendo como somos producto de nuestras circunstancias también podemos generar espacios donde se manifieste nuestra agencia? Ojalá que sí. En todo caso, ése es uno de los retos de este análisis. Un Rulfo de su tiempo, sujeto y objeto de su tiempo, que simultáneamente puede escarbar un espacio propicio para la escritura que cuestiona ese mismo entorno. En este trabajo de registro —Rulfo no lo puede evitar, es muy buen fotógrafo—, es posible

reconocer su firma, su manera de aproximarse a las cosas de este mundo. Hay ahí, en esas fotos, el momento documental y, mezclado, el ejercicio artístico. Ver todo eso, ver lo cerca que estuvo su participación de estos complejíssimos procesos de la así llamada modernización, que para muchas comunidades no fue sino momentos de desalojo, nos sirve para repensar de manera compleja, de manera más humana, más contradictoria también, su trabajo creativo como escritor y como fotógrafo, y más tarde su trabajo como editor en el Instituto Nacional Indigenista, su preocupación y sus conocimientos enormes sobre las historias regionales y la antropología del área.

Con todo esto quiero decir que muchos de los intereses de Rulfo no surgen de la nada o en abstracto o gracias a un genio misterioso e inabarcable. No son los intereses del dandi que se entretiene con algunos conceptos aquí o allá. O del joven locuaz que eventualmente construirá una obra. Son, por el contrario, resultado de una conexión muy trabajada, muy orgánica, con su mundo. Son los dilemas, insisto, de alguien para quien esto es un lío profundo, algo a lo que hay que ponerle una atención minuciosa y despiadada; algo que hay que estudiar. No se me olvida reconocer que Rulfo emitió comentarios realmente muy positivos para el dirigente de la Comisión del Papaloapan, el responsable de muchas de estas transformaciones. Entonces, por una parte está su interés genuino por el bienestar de esas comunidades indígenas a las que ha ido conociendo poco a poco y, por otra parte, están estas loas y comentarios grandilocuentes extremadamente positivos de los dirigentes de la Comisión del Papaloapan. ¿Hay contradicción aquí? Depende del punto de vista que se esgrima, claro está. En todo caso, yo no quiero cerrar los ojos ante ese dilema o contradicción; no quiero entretejer una idea y ocultar la otra, sino ponerlas como parte de un *continuum*. Y lo digo respecto a Rulfo a mediados de siglo XX y lo digo respecto a mí a inicios del XXI. Ante los temas tabús, ante los temas sancionados como vedados, creo que lo mejor es ir despacio y cuidadosamente con las evidencias, para ayudarlo a mirar bien al ojo. No creo que la solución sea callar o hacer como que nada pasa o como que todos somos perfectos o santos. Como Yourcenar, a mí me queda más amar con los ojos abiertos. Así entonces, ahí está Rulfo, trabajando en la Comisión del Papaloapan, viendo, siendo testigo, de las comunidades en condiciones extremas para el alemanismo. Y la Comisión, esta agencia del régimen, dice —como lo han dicho tantos otros regímenes también— que pretende ayudar, mejorar la vida, desarrollar la región. Al mismo tiempo, las mismas fuerzas del Estado están participando en desalojos en cada construcción de infraes-

estructura dura como son las grandes presas. ¿Debemos cerrar los ojos? ¿En nombre de qué o para beneficio de quién? Como historiadora, como investigadora, como alguien a quien le interesa ir develando poco a poco las capas de complejidad de las que se compone nuestro mundo, a mí me interesa, otra vez, abrir bien los ojos. Yo quiero ver eso. Quiero que otros lo vean conmigo. A mí no me interesaba tanto alzarle otro altar a Rulfo; ya tiene muchos. Yo supongo que mi entrenamiento como novelista me ha preparado bien para los claroscuros. Me gusta capturar el momento en que uno no se decide, el momento en que uno está a punto de tomar una decisión. Antes de que se desaten las cosas. Y me parece que de alguna manera *Pedro Páramo* es este momento “antes de”; es decir, ahí no hay una resolución. Ahí hay un dilema tenso, abierto, irresuelto, y creo que es parte de que esté abierto, y en suspenso lo que hace que podamos meternos —incluso hoy— con el texto y que el texto tenga sentido para ver el mundo de hoy. Por eso es un texto siempre actual, es decir, un clásico.

*“Rulfo parece encarnar una figura contradictoria: un apasionado del progreso que va hacia delante sobre los vientos de la Comisión del Papaloapan y, a la vez, el solidario defensor de las comunidades indígenas que, melancólicamente, mira la ruina, la miseria, la orfandad. ¿Se puede ser las dos cosas a la vez sin morir en el intento? ¿Se puede ser ambas cosas y seguir después, escribiendo?”*⁵ ¿Qué hay de este dilema?

A eso precisamente le apuesta este libro. Ésa es su vocación más profunda. Aquella vieja lección de las clases de ficción que sostiene que los personajes sin hondura, sin demonio, de una pieza, no sólo son poco verosímiles sino también aburridos, sigue teniendo su validez. ¿Gana algo Rulfo si le arrebatamos su complejidad, su manera mercurial de estar sobre el mundo? Yo creo que no. Te cuento una historia. Tiempo después de estar en esta investigación, Alessandro Rosso, un profesor italiano que andaba revisando los archivos de Revueltas, me pasó un documento bien interesante. Revueltas estuvo trabajando también en la Comisión del Papaloapan años después, donde le pidieron que hiciera el *script* para un documental. Pero Revueltas renunció y escribió una carta también compleja, también honda, en la que, a pesar de que reconoce que los esfuerzos de la Comisión del Papaloapan están dirigidos a mejorar las condiciones económicas del país y que reconoce que están apuntando hacia el progreso, Revueltas dice —cito de memoria—: “Yo no puedo trabajar con ustedes. Mi postura política y lo que yo creo del país es otra cosa”. Es interesante porque en esa carta vemos a

alguien enfrentando el dilema, que es el mismo dilema de Rulfo, y diciendo: “No lo puedo hacer”. Revueltas no es grosero o principista en este escrito.

Rulfo no renunció. Pero tampoco tuvo tiempo. Su contrato de trabajo llegó a un fin abrupto luego de la muerte inesperada del ingeniero Sandoval. Es cierto que la gran diferencia es la postura política de Revueltas, pero también es cierto que el cambio de tiempo, si no de escenario, marca una diferencia. No es lo mismo un México alemanista que el México que le siguió. De la misma manera en que no es lo mismo un México antes del zapatismo al México en que nos convertimos después del establecimiento del TLC y el levantamiento del EZLN. Lo que me llama la atención en la carta de Revueltas es que no es un rechazo frontal, principista, de decir: “Ustedes son el diablo”. Más bien dice: “Bueno, ustedes están haciendo esto y yo, con toda honestidad, no puedo participar”. No he encontrado un documento así de Rulfo. Tal vez exista, tal vez hay que buscarlo más. Pero yo, hasta aquí, no lo tengo. Lo que sí pensé, por supuesto, fue: “Esto debió de ser bien complicado. Esto no es un trabajo sencillo, éste es un trabajo que conlleva una serie de encuentros sobre los que es imposible no pensar (como ciudadano y como escritor, ambas cosas) y, por lo mismo, involucra una serie de decisiones imposterables”. Después, cuando vi el documento de Revueltas, me dije: “Claro, claro que lo tenía que haber pensado mucho. No es nada más un trabajo cualquiera”.

Aunque, bien visto, ¿cuál lo es?

Pienso en el Rulfo que nos transmitió Elena Poniatowska en la clausura de la FILEY⁶ un hombre apesadumbrado que se sumergió en el silencio, en la modestia. ¿Lo relacionas con este tipo de dilemas o con su temperamento?

A lo mejor sí se volvió como lo describe este retrato tan carnal y cercano que hizo Elena de él. Esto que para mí es un claro dilema —social, cultural, personal— lo puedo sentir palpitando en los libros, pero es difícil identificar con certeza absoluta qué causa esto en la vida cotidiana. Cuando llegó Trump al poder yo estuve deprimida tres semanas sin saberlo.

Yo veo también este libro como un ejercicio de autoetnografía; es decir, aquí trabajo con el tipo de contacto íntimo que la etnografía exige y ofrece como parte de su arsenal de herramientas. El hecho de viajar y de tratar de encontrar las huellas rulfianas en estos espacios tiene mucho que ver con establecer una distancia necesaria respecto del texto para ir en busca de estas refracciones de las que ya hablamos al inicio, estas inscripciones en el paisaje. Esa búsqueda de materialidad. Y parte de las consecuencias de hacer

⁵ Cristina Rivera Garza, *ibidem*, p. 110.

⁶ Véanse, en este número, las pp. 22-25. [E.]

esto es formar parte de otro tipo de relaciones en estos ambientes y articularme con ellas. Hay aquí, claro, una transferencia de afectos. Al desplazar a Rulfo de Jalisco, de la Ciudad de México hacia Oaxaca, pues muchas de mis relaciones siguieron la misma ruta, y parte de las personas con las que hablé, o eran amigos de amigos o se convirtieron en amigos. Por eso es importante aquí volver a mi concepto de desapropiación —incluido en el libro *Los muertos indóciles* al que hiciste referencia hace rato—, que se refiere a una escritura que hace visibles —y no esconde bajo la función autorial individual— los lazos de deuda que se establecen entre los practicantes de una lengua y el uso con fines de escritura creativa de la misma. Por eso digo que subraya o devela el carácter plural de todo texto. Esos lazos —que más que cubrir una deuda buscan, como lo decía Fred Moten en *The Undercommons*, exacerbarla— no son sólo de influencia o afecto, sino, sobre todo, son lazos de trabajo —de producción y reproducción de riqueza social—. Por eso la desapropiación apunta a un fenómeno que aunque se parece a la intertextualidad o la metaficción —como estrategias formales— no es estrictamente ni una cosa ni la otra porque su punto de anclaje es el

concepto de comunalidad, a su vez anclada en la relación del trabajo con la producción y reproducción de riqueza comunitaria. Y, si bien el proceso o la práctica de llegada es plural, en el momento de arribo alguien tiene que dar la cara o tomar responsabilidad por las decisiones escriturales del texto en cuestión. Así, más que señalar una propiedad, la autoría desapropiativa, al firmar, da la cara por la serie de decisiones respecto a las estrategias de escritura adoptadas en obras específicas. Por eso no hay contradicción entre la base comunalista —ver el concepto de comunalidad en Floriberto Díaz, *Escrito. Comunalidad, energía viva del pensamiento mixe*— de la escritura y la responsabilidad personal sobre las decisiones escriturales que sostienen un texto. En fin, hay otro tipo de lazo y otro tipo de deuda que se establece también cuando uno decide hacer conscientemente este tipo de práctica. Nosotros subimos al Zempoaltépetl —es la crónica que se cuenta al final— como parte de una pequeña tribu que celebraba un niño nacido apenas veinte días atrás y había una serie de personajes distintos, únicos, muy interesantes cada uno de ellos, en el ascenso. Una era una niña pequeña, Carmen, que como todos los demás iba hablando tanto en español como en



© Marco Antonio Cruz

Otumba, Estado de México

mixe. Y yo pensaba: “¿De qué manera puedo terminar este libro ofreciendo el libro a otro? ¿De qué manera puedo no tener la última palabra en el libro?”, algo que, por cierto, suelo hacer en los finales de varias de mis novelas —en *Nadie me verá llorar*, por ejemplo, yo no tengo la última palabra como autora, sino el personaje a través de una transcripción literal del documento—. Pensé en algún momento que lo mejor habría sido incluir las fotografías que Carmen la niña tomó durante el trayecto. Yo llevaba una cámara; me dio la timidez y no me atreví a tomar fotografías. A Carmen le dio curiosidad, le di la cámara y ella tomó una serie de fotos maravillosas. Y me dije: sería buena idea cerrar el libro con las imágenes que Carmen tomó.

Después recordé el carácter bilingüe de la experiencia y, también, mi súbita reducción al monolingüismo en mi propio país. Yo creo que uno de los grandes silencios que enfrentamos en México es este hecho obvio —estamos tratando de tapar el Sol con un dedo— de que somos un país formado por varias naciones donde se practican —y se viven— una pluralidad de lenguas. En este contexto multilingüe, el español es un lenguaje hegemónico gracias a la actividad constante, muy consciente, muy dirigida, del Estado a lo largo del siglo xx. Habría que recordar que cuando México se hizo independiente todavía era una nación fundamentalmente indígena en términos demográficos, donde se hablaban una multiplicidad de lenguas, y que fue a lo largo del siglo xix y sobre todo durante el Porfiriato cuando esta situación demográfica y lingüística empezó a transformarse. Pero el gran salto, la gran transformación, se llevó a cabo cuando el gran Estado moderno mexicano apoyó de manera única y definitiva al español en detrimento de otras tantas lenguas, como el mixe. Y todo vuelve a entrar: estos múltiples Méxicos que se enuncian y se viven de maneras otras; uno de ellos es el mixe, que era el idioma que hablaban las personas con las que yo subí en un área de la que Rulfo escribió de una manera especialmente complicada también. Entonces, pensando en eso, decidí pedirle a un traductor, a Luis Balbuena, que trabajara en la traducción del último capítulo del libro, dejando eso como un recordatorio de las muchas lenguas que se hablan y como un recordatorio de lo tristemente monolingües que somos en México en general. Por supuesto, el objetivo más directo es que Carmen pueda leer este capítulo que le compete en mixe también.

“¿Dices que te llamas Doroteo? Da lo mismo. Aunque mi nombre sea Dorotea. Pero da lo mismo”.⁷ ¿Qué hay del queer en Pedro Páramo?

⁷ Cristina Rivera Garza, *ibidem*, p. 181.

La *doxa* rulfiana nos ha enseñado que *Pedro Páramo*, sobre todo, tiene que ver con el ejercicio violento de la energía sexual masculina sobre el cuerpo femenino. Es el cacique que domina, no sólo económica sino también sexualmente, su entorno. Ciertamente, hay pasajes enteros en sus textos que permiten una lectura de este tipo. Sin embargo, y esto es en lo que he estado insistiendo, aceptar ésta como la única posibilidad de lectura de los textos de Rulfo, por fuerza, nos obligaría a hacernos de la vista gorda de un montón de otros pasajes del libro. Muy al inicio de *Pedro Páramo*, el protagonista se ha quedado dormido después de que no ha podido llevar a cabo el acto sexual, por ejemplo. He hecho hincapié, tanto en términos de ficción como en términos de análisis del libro, en la escena de los hermanos incestuosos en que, cuando se va el hermano, se queda ella con un muy atemorizado Juan Preciado y le dice que no se quede allá abajo, en el piso, porque ahí lo comerán las turicatas y que se suba con ella a la cama. Es decir, he hecho hincapié en una serie de momentos y de pasajes que parecen indicar, que ponen en juego otro tipo de sexualidad y otro tipo de “agencia” en el que las mujeres no sólo funcionan en el papel que designara Octavio Paz para ellas, como *La Chingada* o las hijas de *La Chingada*, sino como realmente mujeres de deseo. Lo vemos en *Susana San Juan*, por supuesto, es el ejemplo más obvio, pero yo creo que lo vemos en un montón de pequeños elementos que nos permiten ver una *Comala* espectral, sí, pero muy carnal también, una *Comala* cruzada por todo tipo de lo que ahora llamaríamos sexualidades alternativas, una *Comala* en donde las mujeres tienen menstruación y tienen deseo, una *Comala* donde después de estar muy juntos Juan Preciado y Dorotea a la mañana siguiente —por ponerlo así— ante la pregunta del nombre, Dorotea responde que puede ser Dorotea o Doroteo, que da lo mismo. Es decir, parecería haber una gradación sexual mucho más amplia y que va mucho más allá del extremo masculino o femenino. Hay estos pasajes de “en medio”, de *in between*, en los que se resuelven o se ejercitan estas otras sexualidades. A mí me interesa mucho esto; creo que es parte más de una bibliografía feminista que creo que es la que se ha encargado más de enfatizar estas cuestiones y, aunque yo le dedico algunos ensayos, es en esta área donde decidí que la ficción me podía ayudar más. De manera que los cuentos que aparecen en el libro son, sobre todo, cuentos que tienen que ver con momentos en que estas sexualidades alternativas me permiten interrumpir la prosa rulfiana, establecer un desvarío y llevarme el cuento a otro lado. Pensé que ahí la ficción podía cubrir más terreno, ofrecer más vistas que el ensayo. Entonces, además de ese capítulo, que tiene que



© Marco Antonio Cruz

Andrea Islas, Buenavista, Estado de México

ver con la sexualidad, hay algunos ensayos pequeños, pero creo que el punto son esos cuentos donde estos “entes” rulfianos están viviendo sus vidas, están viviendo su vida carnal, de maneras no necesariamente dominadas por la *doxa* heterosexual heteropatriarcal que era y sigue siendo la hegemonía en México.

Investigar la vida de Juan Rulfo era también ahondar en la tuya y hacerlo en su país suponía hacerlo en el tuyo. Rulfo es un “muerto indócil” que te ronda, una voz presente. Hace años escribiste el cuento “El día en que murió Juan Rulfo”, años después hiciste el blog El Rulfo mío de mí.

El primer ensayo sobre Rulfo que yo escribí siendo una adolescente, creo que estaba en la prepa, fue un ensayo sobre La Media Luna. Es un texto que escribí en mi máquina Olivetti Lettera 33 y al que, por supuesto, no le saqué copia y quién sabe dónde quedó. Creo que hasta tuve la osadía de mandarlo a un suplemento cultural del cual nunca me contestaron absolutamente nada. Se perdió.

Y después creo que uno de los asedios más recientes, que preceden totalmente al libro, ha sido el cuento de “El día que murió Juan Rulfo” que aparece en el libro de cuentos *Ningún reloj cuenta eso* y es como del Año Jaguar 1... es de hace muchísimo tiempo. No es mentira cuando digo que he estado rondando el tema, la presencia. Yo creo que tienes razón, que es el caso de un muerto indócil. En el poema de donde saco la frase, de Roque Dalton: “Los muertos están cada día más indóciles”, me llama la atención que dice que ya son tantos los muertos, ya son tantas las demandas, que es imposible no prestarles atención. Yo creo que es el caso de Rulfo, y el caso de los mundos que Rulfo

produjo y transmitió. Tal vez le hemos puesto mucha atención a ciertos aspectos y falta todavía ponerle atención a muchos otros. Como te decía hace rato, hay mucho por descubrir en los archivos, hay mucho en el territorio que Rulfo exploró que también precisa de atención detallada. Mientras escribía el libro me pregunté con frecuencia qué hacía yo en un tiempo tan aciago, tan difícil, escribiendo un libro, uno más sobre uno de los autores canónicos de nuestra historia literaria. Creo que, finalmente, llegué a estar en todo esto porque los métodos y las estrategias para escribir el libro que estaba utilizando no me alejaban del presente: me acercaban mucho más al presente. Yo al inicio pensé que estaba investigando el pasado, pero el presente es más astuto y el presente me salió y me mostró la cara en cada uno de los recorridos que hice para ir escribiendo el libro.

Esto tiene que ver con la pregunta: ¿cuál sería la función de la escritura en un contexto en el que nuestros cuerpos son vulnerables?

Creo cada vez menos en el estereotipo de la literatura como un ejercicio autónomo que se lleva a cabo en lugares protegidos y sin contacto con otros. Creo que los mismos métodos o estrategias que decidí utilizar aquí están muy empapados, vienen muy de cerca con esto que he llamado “escrituras desapropiadas” y con el gran lema de “Escribir no es soledad”. Creo que nunca he estado sola al escribir, pero nunca como ahora para este libro ha sido más clara y más visible la serie de compartencias de las que se nutre el proceso tan complicado que implica llegar a estar en esas páginas, con esa cubierta, en ese libro. Evidentemente el libro ha tocado fibras sensibles. Ta-

bús tal vez, tabús culturales y sociales. Represiones históricas. Silencios impuestos o autoimpuestos en cuanto campo cultural. Me parece evidente que muchos amamos a Rulfo, pero como suele ser el caso con el amor, no todos amamos de la misma manera. Vuelvo a insistir con Yourcenar: “amar, sí, pero con los ojos abiertos”.

En ese sentido está la confirmación, en todo caso, de que éste es un ejercicio en plural, un ejercicio de traducción y de transcripción, que son las lecturas más cuidadosas que podemos hacer. No hay una experiencia que pase directo al papel. Estamos traduciendo y transcribiendo continuamente. Yo creo que si la escritura hace eso, nos está enseñando cosas importantes. No nos da respuestas a nada porque ya sabemos que no se trata de eso, pero nos está invitando a acrecentar los lazos, a participar de conversaciones, a meter la cuña de la pregunta, en este caso la pregunta por la relación de las ciudades y sus grupos letrados con las comunidades indígenas que se enuncian y se practican de otros modos; la pregunta por la migración tanto a nivel interno, campo-ciudad, como externo, especialmente con Estados Unidos; la pregunta por la memoria inacabada, irresuelta, siempre en proceso de re-

construcción; la pregunta sobre las muy cambiantes y siempre peligrosas relaciones de género, especialmente en un país con los niveles de violencia contra las mujeres escalofriantemente expresadas en los cada vez más numerosos femicidios; la pregunta sobre el paisaje lingüístico de un país, “¿En qué país estamos, Agripina?”, la pregunta por el presente, quiero decir. Si un libro, si la escritura, nos ayuda a visitar cada una de estas preguntas, yo creo que no sólo es suficiente sino que es bastante. No me extrañan las adhesiones y las resistencias que este libro produce. No me extraña que los ángulos de lectura se multipliquen tanto a su vez. Hay algo que el libro está tratando de decir, algo incómodo. Algo que nos mueve de lugar y nos agota a un tiempo.

¿Qué te llevó a Rulfo y por qué Rulfo? ¿Por qué es uno de tus “muertos indóciles”?

Me rondan o yo rondo a muchos autores; puedo pensar con igual intensidad en Rosario Castellanos, en Amparo Dávila —que ya ha entrado en una de mis novelas, *La cresta de Ilión*—, Alejandra Pizarnik; López Velarde es un autor que me encanta y al que regreso con mucha frecuencia; otra autora que me gusta mucho es Julieta Campos. En fin, creo que rondar es parte de una cierta actitud obsesiva que no es ajena al oficio de escribir. Pero, en el caso de Rulfo, creo que no sería descabellado decir que todo se lo debo a las políticas de educación pública del Estado mexicano, porque fue ahí, en ese tipo de institución, donde tuve mi primer contacto —azorado, espectacular, memorable— con el trabajo de Juan Rulfo. Como a Sor Juana, en México nos dejan leer a Rulfo a una edad muy temprana. ¡Y uno a veces se pasa años escribiendo un libro sobre eso quizá sólo para recuperarse del encontronazo! Lo cierto es que uno se los sabe de memoria sin saber a cabalidad o realmente ni quién es Sor Juana o Rulfo, ni la complejidad de su pensamiento. Por fortuna, esos libros no te dan una respuesta inmediata, que se vuelva transparente y te deje tranquilo. No es un libro que te deje en Paz —guiño—. Con lo que yo me quedé en todo caso fue con una continua revuelta —guiño—. En fin, este tipo de relación también la tengo con otros autores, pero después de leer los documentos de la Comisión del Papaloapan decidí que éste y no otro era el momento. No por casualidad está toda esta investigación sobre un área neurálgica de la modernidad mexicana —como la Comisión del Papaloapan— y lo que significa en términos de explotación de recursos naturales, participación de capital internacional y lo que estamos viendo en México justo ahora, mientras se preparan nuestras elites políticas para renegociar el Tratado de Libre Comercio; no creo que esas cosas estén desligadas. Por eso creo que es el momento, no porque sea el centenario de Juan Rulfo, sino porque



© Marco Antonio Cruz

Pahuatlán, Puebla



© Rogelio Cudillir

Cristina Rivera Garza, 2017

hay una condición en el país que vuelve a poner sobre la mesa de discusión cuestiones centrales de nuestra vida pública, de nuestra vida económica, de nuestra vida cultural. Para mí los libros de Rulfo, las fotografías de Rulfo, las ediciones de Rulfo siguen siendo parte de estos dilemas centrales que continúan irresueltos y que continúan siendo parte de las discusiones más álgidas que podamos tener como mexicanos.

No es un libro que escribiera por el centenario de Juan Rulfo, es un libro que ha estado fraguándose durante bastante tiempo. Me gusta más pensar en la coincidencia que señalé antes de esta discusión sobre recursos naturales, ciudadanía, nación, que me parece que es el puente que se establece entre uno y otro, más que una conmemoración burocrática o estatal. En eso estoy muy de acuerdo con la Fundación, por ejemplo. Ahora bien, durante el centenario todos tenemos derecho de celebrar a Rulfo como nos venga en gana porque es un autor que, gracias a la lectura, está cerca de cada uno de nosotros, y si algo nos enseña la lectura de Rulfo es que podemos leerlo de múltiples maneras. Sus libros incitan, y no inhiben, la participación activa del lector, para que el lector vaya armando, implicándose en el contexto narrativo. Sería muy triste pensar que una obra que nos ofrece tal grado de libertad, de flexibilidad y de amplitud tuviera que reducirse a un cierto número de interpretaciones o a un cierto número de conmemoraciones. Por otro lado, y esto forma parte también del horizonte desapropiativo del que hablaba antes, cuando el trabajo escritural en sí se propone develar —tanto estética como éticamente— los lazos de deuda con otros, es de total relevancia investigar esos lazos —es decir, cuestionar

de entrada los privilegios o la posición de privilegio de la que goza el escritor o la escritora por el mero hecho de escribir, y aproximarse con el cuidado que requiere la materia que nos atrae. No creo que la posición de escritor nos conceda el “derecho” de tratar cualquier tema de cualquier modo, sin poner atención a las múltiples fuerzas que nos atraviesan —clase, raza, género, etcétera—. Formamos parte de relaciones desiguales, con frecuencia crueles, donde la posesión y, sobre todo, la desposesión, son las señales del día. La escritura no está alejada de eso. Justo al contrario, la escritura es su médula misma.

Cuando dices que la lectura es “una relación de producción y no de consumo”, pienso en la Opera aperta de Umberto Eco; es decir, el acto de lectura conlleva un acto de creación.

Los lectores no sólo somos consumidores. Por eso leemos. Si leer pudiera reducirse a “Ah, ya le entendí finalmente a lo que quiso decir el autor” —siempre me ha parecido una respuesta equivocada—; más bien es por gusto, por puro deseo. Finalmente, lo que vas a encontrar es a ti mismo transfigurado. Qué importa si el autor quería o quiso, se imaginó que hacía esto o aquello. Lo que importa es la relación que tú estableces con el texto. Por eso digo que ésa es una relación de producción, es una relación que tú estás creando y que, aparte, actualiza al libro, lo trae al presente o no lo deja irse de él. Y para mí esa relación de Rulfo con el presente en su propio presente es fundamental. Creo que si continuamos haciendo eso estaremos siendo parte de este eco rulfiano de manera bastante fiel.